Document extrait du site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont, qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

3 de octubre de 2026 Sábado, 26ª semana par

Job 42,1-3,5-6,12-17; Lucas 10,17-24

Queridos hermanos,

Desde hace varios días, la primera lectura eucarística de la semana está tomada del libro de Job, y hoy terminamos precisamente este libro, muy importante desde el punto de vista de la tradición monástica, por varias razones. Es importante, por supuesto, por su tema central del sufrimiento, que nos prepara para la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el misterio de la Cruz. El autor del libro reacciona contra la enseñanza tradicional de que Dios es justo y, por tanto, recompensa a los buenos y castiga a los malvados. Frente a esta teoría, el libro de Job contrapone a un hombre concreto, que es tan bueno como los demás y, sin embargo, está terriblemente afligido. Quiere comprender el misterio del sufrimiento, y al final no tiene explicación. Es un misterio insondable. El sufrimiento no tiene sentido. No tiene sentido tratar de encontrarle sentido. Y en el Nuevo Testamento, el Hijo de Dios dará una respuesta, no explicando el misterio del sufrimiento, sino asumiéndolo, muriendo en la Cruz y dándole así por fin un sentido. Si Dios sufrió, el sufrimiento tiene ciertamente un sentido, y es un sentido de redención. Todos nuestros sufrimientos, grandes y pequeños, adquieren su sentido -el único sentido que pueden tener- por ser una participación en la Cruz de Cristo, en ese sufrimiento libremente asumido por amor -no por amor al sufrimiento, sino por amor al hombre.

Pero hay también algo más en el Libro de Job que es importante para nosotras, monjas y monjes. La historia de Job describe muy bien el viaje de continuo despojamiento que debemos hacer para llegar a la pureza de corazón que nos permitirá ver a Dios. Job es la persona que posee todo aquello en lo que el ser humano encuentra normalmente su seguridad y su identidad. Lo tiene todo a su favor. Tiene riquezas materiales; tiene mujer e hijos, buena salud y amigos y también un estatus social muy elevado. Pero todo esto le fue arrebatado. Job hace entonces el maravilloso descubrimiento, no sin crisis y rebelión, de que, habiendo perdido todo lo que tenía, sigue siendo, y, no teniendo ya nada que perder, adquiere esa libertad que le permite presentarse ante Dios y hablarle libremente. Todo el camino de conversión monástica descrito en nuestras Constituciones y en nuestro documento sobre la formación consiste en este despojamiento gradual de todas nuestras falsas seguridades humanas. Cuando nos resulta difícil o imposible hablar libremente a Dios -o a nuestros hermanos y hermanas- es porque aún tenemos alguna posesión que defender: puede ser

Phoca PDF

simplemente nuestra imagen, nuestra reputación, nuestro nombre.

Tras esta transformación, Job puede volver a recibirlo todo, ¡incluidos siete hijos y tres hijas con nombres encantadores! Ahora lo recibe todo como un don gratuito de Dios y no como fruto de sus propios esfuerzos. Se ha convertido en un hombre libre.

Y el Evangelio de hoy no tiene un mensaje diferente. Procede de esa serie de enseñanzas que Lucas recoge durante la ascensión de Jesús a Jerusalén, y que hemos estado leyendo durante los últimos días, y que comienzan con la enumeración de las exigencias radicales del seguimiento de Cristo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos. Vosotros, id y dad la buena noticia» -- “El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás...”. Entonces Jesús envía a sus discípulos en misión, de dos en dos. Y cuando regresan, regocijándose por su éxito -han conseguido expulsar a los espíritus malignos-, Jesús les recuerda lo que ya era la última lección del Libro de Job. Esto no lo han hecho ellos; les ha sido dado. Y se les ha dado porque lo dejaron todo para seguir a Cristo y se convirtieron en «pequeños».

Y entonces el propio Jesús se regocija cuando habla con su Padre, porque este mensaje, oculto a los grandes y poderosos, ha sido revelado a los que se han hecho pequeños. Y ciertamente no está fuera de lugar, unos días después de la Fiesta de la Pequeña Teresa, recordar que éste es también el significado de la Infancia Espiritual. En el Evangelio, Jesús nunca nos llama a seguir siendo niños. Nos llama a «convertirnos en niños». Esto es muy diferente. Para llegar a ser niño, primero hay que haberse convertido en adulto y luego ir más allá. El camino de la infancia espiritual es el camino de la abnegación que conduce a la libertad, como la experimentada por Teresa y ya descrita, en cierto modo, en el Libro de Job.

Pidamos al Señor para nosotros mismos, y los unos para los otros, este don de la pobreza de corazón, de despojarnos de todo lo que nos frena, para alcanzar la libertad y la pureza de corazón que nos permiten **ver a Dios**.

Armand Veilleux

Phoca PDF